

pueblos porque es el dueño del país, el distribuidor, el rey». Por esto le reconocen las comarcas ó tribus con sus jefes por su señor legítimo.

A estos «reyes» ó jefes comunes tocaba en el reparto del botín una parte mayor que á los demás, ya fuese en terreno, ya en ganados y otras riquezas; de suerte que el rey ó *radya* (modernamente *rajá* ó *rajá*), era el hombre más rico de su distrito ó comarca, y por todas estas consideraciones respetado como el primero en la guerra y en la paz. Los vencidos le pagaban tributo y sus súbditos propios ofrendas voluntarias, oro, caballos y otras cosas de valor, porque en aquella época no se conocían todavía impuestos fijos.

Por las descripciones que los antiguos himnos contienen de la morada, aparato y magnificencia exterior de los dioses, y dando su parte á la exageración poética de la fantasía aryo-india, podemos inferir algo del boato que gastaban los jefes principales ó reyes de aquel pueblo. Un himno habla del palacio ó morada de Varuna, diciendo que tiene mil puertas; otro de su trono sostenido por columnas y que comparte con Mitra; otro menciona los mantos de oro de los dos dioses; otro himno representa á los dioses Rudra y Savitar cubiertos con un manto igual, ostentando además ricos adornos de oro en su cuerpo, en su carro y en el caballo. Cuando los poetas de aquella época remota nos presentan á Indra con la multitud de sus compañeros de lucha, y á Marut con sus armas rutilantes, podemos suponer que los reyes de la tierra gastaban, rodeados también de brillante séquito, cierta pompa imponente, algo semejante ya á la que presentan los reyes de las culturas budhistas.

Un personaje importante en el séquito del rey, y que andando el tiempo no podía faltar nunca en la corte, era el poeta-cantor, que unió poco á poco á este cargo el de ministro principal y sacerdote. Esto se comprende atendido que en todos los sucesos de la vida algo importantes, los arya-indios se acordaban agradecidos de sus divinidades, y mostraban su veneración y gratitud con sacrificios, los cuales iban acompañados siempre de cánticos, oraciones, repetición de sentencias religiosas y plegarias. Cada tribu, comarca ó pueblo tenía sus poetas-cantores y sus familias privilegiadas que cultivaban esta especialidad de padres á hijos. Estos cantores, llamados en los libros

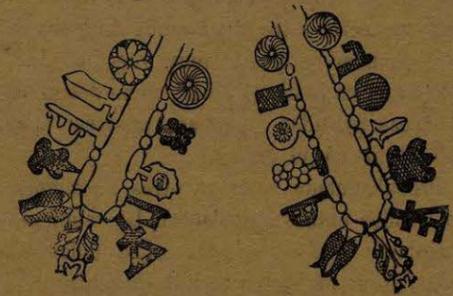
Vedas *purohitas*, eran los administradores y ministros principales de los reyes y de los grandes. Ellos dirigían los actos religiosos, y oraban á los dioses por sus señores y glorificaban sus hazañas, poderío y grandeza, á cambio de lo cual pedían y recibían muchos regalos y una parte importante del botín de las expediciones guerreras, llegando así á reunir grandes riquezas é influencia. Poetas posteriores celebraron y exageraron mucho estas recompensas dadas por los jefes ó reyes antiguos á sus *purohitas*. Estas exageraciones tenían por objeto excitar á los reyes de su tiempo á que tomasen ejemplo y fuesen igualmente generosos; pero tanto exageraron, que ya en tiempos, ahora remotos, sus descripciones fueron calificadas de imposturas. Hablan de miles de bueyes que el rey Rinamcara regaló á su poeta Babru; dicen que los reyes ó jefes Prastoka, Divodasa y Asvata, dieron á sus poetas-sacerdotes caballos, vacas, arcas llenas de ropajes, pepitas de oro nativo, carros y otras preciosidades, y que otros recibieron centenares de bueyes blancos, asnos, corderos y esclavos. Un rey ó jefe, llamado Pertucravas Kanita, regaló, según ellos, á su poeta «millares y cientos de millares de vacas y hasta un carro de oro». Estos datos, prescindiendo de lo relativo á los regalos, son importantes en otros conceptos, porque han conservado muchos nombres de reyes, jefes, pueblos, cantores y familias de cantores.

En la época védica antigua, conforme hemos dicho al principio, el jefe de la familia, el jefe que dirigía la defensa de la colonia y las expediciones agresivas contra los indígenas, era el que dirigía también los sacrificios con las súplicas, acciones de gracias, cantos, plegarias y demás actos religiosos, y cualquiera que se sentía inspirado y tenía talento componía sus himnos. Se han conservado de aquella remotísima época el nombre y los himnos de un jefe arya guerrero, «rey del pueblo bhârata», como le titula la tradición, que á la vez era poeta y cantor religioso: el célebre y venerado Visvamitra. No hay el más leve indicio que las dos calidades de rey y de cantor-poeta hubiesen parecido incompatibles á nadie, ni entonces ni en los tiempos posteriores. Sin embargo, por aquel mismo tiempo, en la tribu de los *tritsu*, regida por el rey Sudas, existía ya un cantor oficial, un *purohita* de este rey Sudas, el famoso y ardiente poeta llamado Vasishta.

Visvamitra y Vasishta son los tipos de dos principios opuestos y trascendentales para los destinos y la historia de los pueblos y de la civilización, á saber: el poeta laico y el teocrático. Vasishta es en la historia del pueblo arya-indio el representante más antiguo conocido del principio teocrático, que fué ganando terreno é influencia á medida que los reyes y grandes hubieron de dedicar su atención y tiempo á sus intereses y obligaciones materiales, dejando la dirección religiosa á sus *purohitas*. No solamente los príncipes, que eran muchos, no podían pasarse sin los servicios de estos sacerdotes y sabios escribas, sino que, en general, los reyes los querían cerca de su persona. En el período que comprenden los Vedas, estos poetas privilegiados podían decir en diferentes himnos: «El rey que conceda al brahmán lo que desee, será favorecido por los dioses y se apropiará sin resistencia los bienes de su adversario y de su propio pueblo.» Este himno va dirigido á Brahmanaspatti, ó sea la personificación del culto y de las oraciones, la divinidad de la devoción, el prototipo celeste del *purohita* ó director espiritual. Otro himno védico, más moderno todavía, dice: «Los dioses no comen de los manjares ofrecidos por el rey que no tiene *purohita*. Por esto cada rey cuando quiera celebrar un sacrificio, debe hacerlo bajo la dirección de un brahmán, para poder decir: «Acepten los dioses mi ofrenda!» Lo que en este último período védico recomendaban los autores de los himnos, lo impusieron después los sacerdotes como un deber. Inútil es decir que los poetas oficiales, protegidos, regalados y ricamente pagados por sus señores, cantaron las glorias de éstos, invocando sobre ellos las bendiciones de los dioses, con lo cual aumentaron su autoridad y poder. Así, en un himno, se dice: «Concede, oh celeste Ushas, gloria de héroes, á estos príncipes dadivosos cuya munificencia nos colma de bienes!»

Es muy probable que estos príncipes y señores magníficos fueran régulos de aldeas, distritos ó comarcas, y debieran su posición á su calidad de jefes guerreros. Es igualmente probable que de entre ellos fuese elegido el rey de todo el pueblo, con lo cual había bastante para excitar envidias y ambiciones personales, cuya realización procuraban facilitar sus poetas-sacerdotes con los sacrificios y otras solemnidades que celebraban. La ambición más inmediata

era la de conservar su dignidad, poder é influencia y transmitirlos á sus hijos, porque en aquella época remota nada había todavía hereditario. Tampoco existía sacerdocio corporativo como carrera especial, ni clases privilegiadas, ni mucho menos castas señaladas dentro del mismo pueblo arya-indio. La persona culminante era el rey, sin que cercenase todavía su poder ni corporaciones sacerdotales, ni un cuerpo de nobleza, y sin que la división del pueblo en castas le aislase del trato personal con el resto del pueblo. Esta jefatura suprema sólo debió existir en las empresas guerreras y acaso en las grandes asambleas generales ó parciales y en las fiestas que siempre iban acompañadas de actos de culto. Así como los dioses tenían su corte y su trono, según se ve en los templos, del mismo modo tenían su corte todos los jefes, desde el que era solamente cabeza de



Adornos religiosos del templo de Sanchi.

una aldea ó distrito hasta el soberano de un pueblo, y el rey supremo, si lo había. Estas reuniones de corte eran convocadas para consultar y resolver las cuestiones de interés común y oír y decidir los litigios entre particulares. Eran los tribunales de los aryas, en la época en que este pueblo no tenía todavía leyes escritas y se regía á falta de éstas por usos tradicionales. Los antiguos himnos nos dicen que la propiedad particular era reconocida, respetada y protegida desde tiempo inmemorial. El deudor que no pagaba era considerado como ladrón, porque, como éste, retenía cosas que no eran suyas. Un himno habla de un jugador apasionado, que después de haber perdido en el juego cuanto tenía, incluso su mujer, codicioso de la propiedad ajena se introducía furtivamente en las casas con intención de robar, y le declara doblemente culpable. Los dioses Aditya, Indra, y en época posterior también Brihupati, son las divinidades que reclaman las deudas y persi-

guen á los deudores, porque éstos causan discordias y ofensas, y los dioses abominan estos delitos y exterminan á sus autores. Por esto podemos suponer que los hombres también perseguían á sus deudores. En aquella época cada cual se hacía justicia por su mano dentro de la jurisprudencia admitida por el uso sin perjuicio de que los reyes y otros jefes persiguieran y castigaran como los reyes celestes, Indra y Varuna, á los delincuentes. A este fin tenían también sus vigilantes y esbirros. Algunos himnos hablan de cuerdas y ataduras, con las cuales eran atados los delincuentes á un poste, y uno menciona la cárcel y el calabozo. No se sabe si los antiguos indios-aryas recurrían á ordalías ó juicios de Dios en los casos en que no podían probar la culpabilidad ó inocencia de un preso ó de dos litigantes. Este recurso primitivo está tratado difusamente en los escritos védicos más modernos y en los posteriores; pero entre los himnos antiguos sólo se encuentra un pasaje muy vago, en que el poeta suplica al dios Púshan, como descubridor de cosas perdidas, que haga aparecer al que sabe decir: «Aquí está».

Probablemente estas y otras cuestiones y contiendas eran ventiladas en las reuniones ó asambleas locales llamadas *sabha*, delante del jefe, porque un himno celebra «al amigo defensor en la *sabha*» y otro himno compara la elocuencia de un varón con la punta reluciente de una lanza que da la victoria en la *sabha* y en los *vidatam*, nombres de asambleas generales de toda una comarca ó pueblo, para grandes solemnidades, sacrificios y regocijos públicos.

Otra clase de asambleas generales y solemnes era la que los himnos llaman *samiti*, á las cuales asistían los jefes de todas las comarcas á la cabeza de sus huestes ú hombres de armas de sus respectivas tribus. El rey presidía estas asambleas, y en ellas se discutían y resolvían los asuntos generales de todo el pueblo y las cuestiones entre las diferentes tribus y comarcas. En ellas se elegía el rey ó jefe supremo de todo el pueblo, según se desprende de himnos védicos de época posterior, y hecha la elección, un cantor saludaba al nuevo rey y jefe guerrero en una alocución poética.

La fuerza armada se componía de los contingentes de los diferentes lugares y comarcas, que eran naturalmente más ó menos numero-

dos, según la población. Iban mandados cada uno por su jefe local, y éstos por el de la comarca si formaban parte de todo un distrito. Quizás había también caudillos generales que dirigían las fuerzas de varias comarcas. El superior de todos era el rey, que, como todos los jefes, debía dar el ejemplo á los demás guerreros, á quienes guiaba al combate. A juzgar por varios himnos, los guerreros principales iban en carros, y los demás combatían á pie, porque en ningún himno antiguo se trata de guerreros á caballo, ni siquiera hablando de los Marut ó espíritus de la tempestad, celebrados por los poetas como ideal de guerreros. Los carros de guerra iban tirados por caballos, y los poetas los describen como fogosos, valientes y corredores, dando también importancia al color y á sus lujosos arreos. En lo que más se complacen es en la descripción de los carros de guerra, de los cuales dan todos los pormenores que se pueden desear. El constructor de carros de guerra es en los himnos védicos el artista ó artesano más alabado y ensalzado, ya que todas las divinidades usaban vehículos de esta clase, los cuales reunían todas las magnificencias que la fantasía india era capaz de imaginar. Los carros de los dioses son, por supuesto, de oro, los demás de madera, pero ricamente adornados con esculturas, de arqueada forma, abiertos por detrás, con sitio bastante para el guerrero, el auriga y los pertrechos. Los caballos iban uncidos á una vara, y sus arreos, á juzgar por los que los himnos mencionan, consistían en cincha, cabestro, tirantes y demás, excepto el bocado. El freno se substituía por un lazo de correa formado en el extremo de las riendas, que tiradas por el auriga, el cual además manejaba un látigo ó aguijón, cerraban la boca del animal, y aflojadas le permitían abrirla.

Ya hemos hablado de los adornos, aros y placas de oro con que la imaginación de los poetas hermoseaba á los dioses, cuyas armas, «relucientes como los rayos que hienden las negras nubes», consistían en espadas, picas ó venablos, arco y flechas con su aljaba. Estas armas eran las que conocían y usaban los guerreros indios-aryas, los cuales, como armas defensivas, según los himnos que hablan de jefes y héroes, llevaban corazas de piel ó de correas trenzadas ó cruzadas, claveteadas y cubiertas de placas de metal, quizás de oro. Les cubrían la cabeza y elmo con carrilleras de palastro, y á veces de

oro, é iban calzados de sandalias atadas con correas á los pies y piernas hasta más arriba de la rodilla.

De las armas ofensivas la más principal era el arco y las flechas. El arco era simplemente una vara flexible cuyos extremos unía una cuerda hecha de una tira de piel de buey. Las flechas eran de una caña sólida y tenían punta de asta, al parecer de una clase de gamuza llamada *ruru*, ó de hierro y á veces envenenadas. Al otro extremo se adaptaban plumas. Contra el rechazo de la cuerda al disparar la flecha, se protegía la mano con un pedazo de cuero. Indra y los Marut, y probablemente, según ya dijimos, los guerreros mortales llevaban también picas, venablos y cuchillos. Indra llevaba además una maza, y se describen otras divinidades manejando hachas de guerra, espadas y otras armas por el estilo, que al principio eran de piedra con mango de palo, y además hondas.

En la época á que se refieren los himnos antiguos no luchaban ya los indios-aryas contra los *dasyn* ó pueblos indígenas, sino contra tribus y pueblos de su misma raza, que invocaban las mismas divinidades y tenían las mismas tradiciones y creencias. La guerra, con el pastoreo y el cultivo de la tierra, fué la ocupación constante de los arya-indios, desde su inmigración hasta la época en que llegó á ser ocupación exclusiva de una casta especial.

Con el desarrollo de la agricultura creció el amor al hogar, al terruño y á la patria. El poeta hace decir al ganadero, en un himno, que nada ajeno codicia mientras su dios Púshan le conceda en su terreno succulentos pastos. En otro himno, los habitantes ribereños del río dicen: «¡Oh Sarasvati, condúcenos al bienestar; acoge benévolo nuestra fidelidad y sumisión, y no nos hagas apartar de ti buscando otro país!»

Sólo cuando el suelo propio no daba el producto necesario, ó cuando el arya pacífico se veía expuesto á continuos ataques de enemigos ó de vecinos turbulentos, era llegado entonces el caso, ó de defender el suelo con las armas y rechazar á los enemigos, ó de ir á atacarlos en su propio terreno, ó emigrar á otra parte. Rodeadas las colonias arya de selvas y pantanos, estaban expuestas á continuas sorpresas enemigas de parte de los indígenas. Selvático y extranjero eran para ellos expresiones sinónimas como ideas contrarias y hostiles á terreno cultivado; y como no podía menos de suceder

en semejante estado, los antiguos arya-indios, no obstante ser de un carácter hospitalario, miraban á todo extranjero con prevención y desconfianza, aun cuando se presentara con un objeto pacífico, por ejemplo, para ejercer el comercio. En muchos himnos se cita á una clase de traficantes (*pani*) extranjeros, gente tan rica como avara, de corazón empedernido, descreída, impía; lobos voraces á quienes la divinidad debería aplastar bajo sus pies.

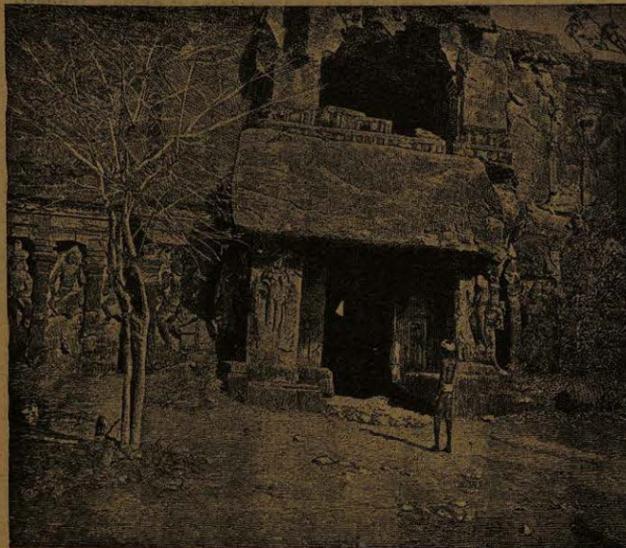
Estos traficantes procedían evidentemente de remoto país. Unos creen que eran asirios, otros fenicios, pero lo cierto es que pertenecían á otra raza y llevaban á los arya-indios productos naturales ó industriales que los arya no tenían, quizás tejidos, metales y armas, trocándolos por oro en barras ó aros, piedras preciosas, especias y otros objetos de valor. Formaban caravanas para rechazar ataques con las armas, y eran naturalmente gente tan ávida de lucro, como astuta y resuelta.

Los arya establecidos en el Punjab eran pastores y labradores; pero la necesidad de cambiar sus productos sobrantes por otros que les faltaban, les hizo también comerciantes, y el comercio les obligó á abrir caminos y procurarse otros medios de transporte. Efectivamente, los himnos védicos hablan mucho de «camino recto y tortuoso, de fácil tránsito y que atraviesan montañas y ríos», y de carros de transporte de construcción sólida. Pero lo que los arya al parecer no conocían eran los puentes, porque, según los himnos, los ríos, aun los angostos, eran un grandísimo obstáculo que, cuando no había vado, se vencía con embarcaciones, canoas ó piraguas, hechas de uno ó varios troncos de árboles y movidas á remo. Estas barcas cargadas se mecían sobre las olas y servían para atravesar los ríos, remontar y descender su corriente, ya en el tráfico pacífico, ya en la guerra. Pero á esto se limitaba la navegación de los antiguos indios, que evidentemente, á juzgar por sus escritos y esculturas, no pasaban de ser navegantes fluviales, y sólo tenían una idea remota y legendaria del mar.

Con mayor precisión se explican los himnos antiguos respecto de las conquistas y extensión de los indios-aryas en dirección Este y Sudeste, y de sus luchas con los pueblos indígenas y otros de raza arya. Estas luchas, que sirven de motivo á la mayor parte de las poesías védicas antiguas, dan á conocer algunos episodios de aquel

período de la historia del pueblo indio-arya.

Ya hemos indicado que el nombre de «cinco pueblos» era tan frecuente en las poesías védicas, que significaba no solamente el grupo principal compuesto de las cinco tribus mayores de la rama arya que inmigró en el Penjab, sino en general toda gran colectividad de pueblos de una raza y hasta la humanidad en su conjunto. Entre estos cinco pueblos ó tribus aryas, á quienes una tradición posterior hace descender de un padre común llamado Yayati, estaban estrechamente unidos los anu y los druhyu, por descender, además del padre común, de una misma madre. A los anu, llamados



Entrada del templo de Kailasa abierto en la roca.

también brighu, pertenecía la renombrada y divinizada familia de los Brighu, ó los encendedores del fuego, y un héroe llamado Çrutarvan Arxa, hijo de Rixa, cuya magnificencia canta el poeta Gopavana. De los druhyu no se cita en cambio ningún personaje ni familia notable, si bien se supone que Trixi Trasadasyava, citado en algún himno, era un rey de los druhyu.

Con mayor frecuencia que de los anu y druhyu hablan los himnos de los turvasa y yadu á los cuales mencionan casi siempre juntos, celebrando el auxilio que les prestó el dios Indra para poder atravesar los ríos después de haberlos traído desde lejos. Los turvasa eran una rama guerrera, á juzgar por su sobrenombre *vrísavant* que parece significar enérgico y vigoroso. Su arrojo les costó una derrota de parte

de los *srinjavantis*, pueblo hoy desconocido, cerca de Hariyapiya, junto al río Yavyaapi, lugar y río que tampoco ha sido posible fijar hasta hoy. De todos modos, resulta que tanto estos turvasa como sus aliados los yadu ó yadava, celebrados aquéllos por su valor y arrojo, y éstos por su riqueza en ganado bovino y caballo, habían avanzado ya mucho, desde antigua época, en dirección Este. Los cantores sagrados de la familia Kanva ensalzan á estos pueblos y sus jefes por su liberalidad en los sacrificios.

Respecto de la rama puru, la quinta del grupo de los cinco pueblos aryo-indios, nos dice un poeta que era un pueblo poderoso establecido en ambas orillas del Sarasvati. Había desalojado de allí victoriosamente las tribus indígenas de color, que en su huida abandonaron cuanto poseían. El dios Agni (el fuego), «el universalmente venerado», había destruído sus castillos ó refugios fortificados, é Indra había protegido también á los invasores, los cuales, agradecidos, glorificaron y dedicaron grandes y solemnes sacrificios á este dios. Un himno ensalza el auxilio que Indra prestó al rey de los puru, Purukutsa, en la conquista del territorio, y otro celebra el mismo auxilio á favor del hijo ú otro descendiente del anterior á quien llama Trasadasyú. Así, los de color, los negros, fueron derrotados y destruídos un centenar de sus puntos fuertes, teniendo que pasar en retirada un río tras otro. El auxilio de Indra hizo poderosos á los puru, tanto que, según varios himnos, excitaron la envidia de otras tribus aryas, hasta que ocurrió el suceso que después de largas luchas les hizo desistir de nuevos avances.

Los himnos compuestos por los Vasishtas, familia de cantores sagrados, famosa en la historia de los indios-aryas, ensalzan mucho á un rey de los tritsu, llamado Sudas, gran protector de la citada familia, cuyos miembros tomaban una parte importante en los grandes sacrificios y fiestas religiosas que este rey dedicaba á los dioses, al mismo tiempo que colmaba de bienes á los Vasishtas. Estos correspondían á tanta munificencia con himnos en que

glorifican al rey, á sus ascendientes y á los dioses sus protectores especiales. Uno de los antecesores del rey Sudas era Vadhryaçva, que tuvo un hijo, llamado Divodasa y por sobrenombre Atithigva. Vasishtha, el poeta-sacerdote del rey Sudas, celebra en sus himnos las hazañas y victorias de Divodasa, juntamente con las divinidades que le auxiliaron. Divodasa, además de vencer á muchos genios malignos y vestiglos, entre ellos el llamado Sambara, derrotó á los habitantes indígenas, los dasas y á los pueblos aryas enemigos del suyo, los turvasas y yadus.

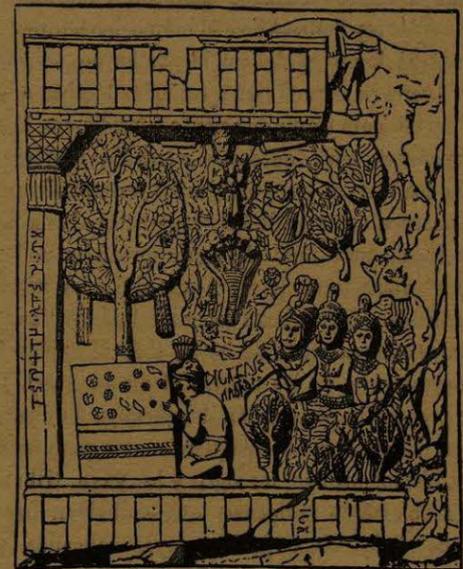
El pueblo ó tribu que reconocía por jefe ó rey á Sudas, era, como ya hemos dicho, el de los tritsu, al cual pertenecía la familia del poeta y sacerdote Vasishtha. Estos tritsu, de los cuales sólo hablan los himnos del citado sacerdote, formaban parte del pueblo guerrero de los bhârata, que vencieron á los puru gracias á su dios Agni, al cual, para distinguirlo del mismo dios venerado por otras ramas aryo-indias, llamaban Agni Bhârata, como el poeta ya citado llama al Agni del rey Vadhryaçva, ascendiente del rey Sudas, Agni Vadhryaçva.

A juzgar por los nombres de ríos que figuran en un himno que suplica á Agni que se establezca en las orillas de sus ríos entre el pueblo bhârata, este pueblo había avanzado más que ninguna otra rama arya hacia el Este de la India, porque los ríos citados son el Sarasvati, hoy Gagar, el Apaya y el Drishadvati, de suerte que el citado pueblo había penetrado ya en la cuenca del Ganges, en el territorio que después fué sacratísimo para todos los adeptos de la religión brahmánica. Había llegado hasta allí acaudillado por Visvamitra, de la familia de los Kusika, la más célebre del pueblo bhârata. Visvamitra rechazó victorioso á los pueblos indígenas, los dasas y los kikatás; estos últimos vivían en la región montuosa del Norte é ignoraban naturalmente las divinidades y culto del pueblo invasor, lo cual justificaba á los ojos de éste su despojo y exterminio. Pero Visvamitra, con sus bhâratas, tuvo que pelear también con pueblos aryas, en especial con los turvasas, cuyo rey se llamaba Varasika.

Además de estos enemigos, los bhâratas tuvieron que vencer los obstáculos que á su avance opusieron los ríos, y un himno del citado jefe Visvamitra (que por ser también poeta no tenía cantor ni sacerdote particular, como ya di-

jimos), viene á ser una especie de conversación de este jefe con los dos ríos Vipas y Sutudri, á cuyas orillas había llegado en su marcha victoriosa. Visvamitra al principio no pudo atravesarlos con su pueblo, hasta que luego «el gran cantor, el engendrado é impulsado por los dioses», como él mismo se llama en su himno, hizo detener la corriente y pudo pasar con los suyos que, según asegura á Indra en el mismo himno, no iban para adquirir botín, sino únicamente para rechazar á sus enemigos.

Nada se trasluce de los himnos respecto de las relaciones entre Visvamitra, caudillo de todos



Dioses indios. (Relieve de Dritarashiva)

los bhâratas, y Sudas, rey de la tribu de los tritsu, cuyo poeta y sacerdote privilegiado era Vasishtha. Más adelante, cuando los cinco pueblos aryas coligados avanzaron en masa y cayeron sobre los bhâratas y sus aliados á orillas del río Parushni, que antes habían ocupado los kikatás indígenas, vemos á la cabeza de los bhâratas únicamente al rey Sudas ó, mejor dicho, á su purohita, sacerdote y poeta, Vasishtha, el prototipo de la teocracia india.

La lucha que se entabló entre los cinco pueblos aryas coligados, que querían en su avance hacia el Este forzar el paso del río Parushni formado en su parte superior por varios tributarios y un gran afluente, y el pueblo bhârata y sus aliados, aryas también, forma el fondo de una multitud de himnos de los cuales se desprende en substancia lo siguiente: «Los turvasa, ansiosos de botín, avanzan, seguidos de los brigu (los

anu) y los druhyu, buscando paso para llegar á la otra orilla del río, donde el rey Sudas se les opone con los suyos y sus aliados los pakhta, los bhalana, los alina, los vishaniu y los siva, pueblos indígenas al parecer y ribereños. Los contrarios, los cinco pueblos coligados, trabajaron para desviar las aguas del río; pero fuese que éstas volviesen súbitamente á su lecho natural, ó que sobreviniera una crecida, el caso fué que mientras luchaban los coligados con la corriente, Sudas les acometió con los suyos y les derrotó. Los que no sucumbieron en tierra se anegaron en el río. Pocos consiguieron huir: 6.000 anu y druhyu con 66 bizarros campeones murieron. El mismo rey Sudas—dice el himno de victoria—mató 21 hombres del pueblo vaikarno, «cuyos cadáveres yacían en tierra como las hierbas que se cortan para servir de asiento á los dioses». Los arrogantes puru quedaron vencidos también. Sólo los turvasa y sus amigos los yadu pudieron, al parecer, salvarse de las olas gracias al auxilio de Indra, pero todo el bagaje quedó en poder de los vencedores. El rey Sudas dió á los tritsu (entiéndase á la familia sacerdotal de los Vasishta), como su parte de botín, todo el bagaje é impedimenta de los anavas (*hijos de Anu*), y emprendió la persecución del enemigo en dirección del río Jamna, sometiéndolo en el camino á los bheda, los aya, los sigru y los yaxu, tribus, probablemente indígenas, que se habían asociado á los cinco pueblos aryas coligados, y quedó dueño de todo el país.

Esta gran victoria sirve de motivo también á himnos de poetas de la familia Vasishta en época muy posterior, himnos cuyo objeto es poner de relieve la eficacia de las oraciones y de las buenas relaciones que tuvieron con los dioses sus antecesores los purohitas y los reyes de la tribu de los tritsu, en cuyo auxilio acudieron Indra y Varuna por intercesión de Vasishta. Por ella logró Sudas vencer á diez reyes enemigos que le tenían ya rodeado con los suyos, mientras los tritsu, es decir, los hombres de la familia Vasishta, vestidos de blanco y con la cabellera rizada en bucles, invocaban con fervor el auxilio de los dioses. A esta batalla llaman los himnos la de los «Diez Reyes».

Un descendiente de la citada familia sacerdotal divinizó en época muy posterior á aquel purohita del rey Sudas; y al celebrar el auxilio que prestó con sus oraciones y las de su familia en la memorable jornada, exclama: «Eres, joh

Vasishta! un hijo de Mitra y de Varuna, un brahmán que nació del espíritu del fervor religioso»

Con esto se llega al fin de los datos históricos que se desprenden de los escritos védicos antiguos. Varios pasajes de estos escritos, añadidos quizás en época posterior, indican que hacia el fin de aquel período se fué ya dibujando visiblemente la formación de dos castas, una de poetas religiosos ó sacerdotes, y otra de jefes guerreros y reyes; los prototipos de ambos son, según la tradición, Vasishta y Visvamitra. La lucha de los partidos, el teocrático y el guerrero-realista, continuó durante todo el período siguiente. La batalla de los Diez Reyes y la victoria de Sudas, victoria que se atribuyó Vasishta, dejó la cuestión enunciada y planteada.

Las aryas coligados tuvieron que replegarse otra vez al Punjab, al país de los siete ríos. El vencedor quedó dueño del territorio desde el último de estos siete ríos hasta el Jamna. Los aryas del Punjab desde entonces se fueron separando más y más de sus hermanos del interior, tanto que una leyenda de éstos dice que aquéllos fueron desterrados hasta el confín de la tierra. Los nombres anu y druhyu desaparecieron, porque las respectivas ramas se confundieron, según la tradición, con los mlechha, pueblo bárbaro del Norte, al cual otra leyenda vuelve á mencionar con el nombre de bhoya, al Oeste de la India. Los yadu, cuyo héroe legendario era Crishna se establecieron en el país de Guzerat, y los turvasa, que pasaron más al Oeste, fueron los ascendientes de los turanios ó indoesctas. Otra tradición hace descender el pueblo jonio de los yadu de Guzerat. Los puru, finalmente, quedaron en el Punjab y su nombre figura en el gran poema épico de los indios-aryas, que abarca el período histórico en el cual entramos ahora. Un descendiente de los jefes purus fué aquel rey Poro, que diez siglos después hizo frente á Alejandro, el gran conquistador macedonio, casi en la misma comarca donde su remoto ascendiente había luchado con el rey Sudas, cuyo nombre no vuelve á aparecer sino bajo la forma de Sudasa en los *Purana*, colección de «Cuentos antiguos» de época relativamente moderna. El nombre de la tribu de los tritsu desaparece también, lo mismo que los pueblos indígenas que tomaron parte en la batalla de los *Diez Reyes*, los yaxu, pakhta y demás. Sólo el nombre del pueblo vencedor en aquella batalla, los bháratas, se ha conserva-

do resplandeciente en el gran poema épico de los indios-aryas, el *Mahá-Bhárata*, que quiere decir «Los grandes bharatas».

CAPITULO III

El período épico.

El gran poema del pueblo indio: el *Mahá-Bhárata*.—Costumbres del período épico: expansión territorial.

El *Mahá-Bhárata*, ó sea «Los grandes bháratas», es el poema heroico más antiguo y más venerado de los

indios-aryas. Forma su principal argumento la historia de la guerra de exterminio entre los hijos de dos reyes hermanos llamados Pandu y Dritarashtra, de la tribu ó pueblo bhárata. Los hijos del primero eran cinco, y no habían sido procreados por un padre terrenal, sino cada uno por un dios. Eran buenos y justos, mientras sus cien primos, hijos de Dritarashtra, eran malvados.

La guerra tuvo por teatro el país situado entre el alto Ganges y el Sarasvati, mil quinientos años aproximadamente antes de nuestra Era, y fué cantada por el pueblo, en el cual se transmitieron oralmente las diferentes estrofas con las naturales variaciones de toda transmisión oral.

Finalmente, hubo quien recogió los cantos de esta leyenda y los escribió. Los copistas los modificaron á su vez; los sacerdotes interpolaron trozos doctrinales, episodios y cuanto podía servir para sus fines teocráticos, hasta que otro sabio los coleccionó de nuevo por el año 1200 antes de nuestra Era, y esta última compilación parece ser la que hoy existe, aunque con varias adiciones posteriores. Así, el *Mahá-Bhárata* no es ya el poema primitivo, sino una verdadera enciclopedia de leyendas heroicas de la mitología y filosofía religiosa de los aryas-indios, con los cuadros de sus costumbres en las diferentes épocas que median desde los tiempos heroicos hasta la gran recopilación hecha un siglo ó dos antes de nuestra Era.

Tal como está hoy el poema, comprende diez y nueve libros y 110.000 versos de á dos líneas y 32 sílabas, de los cuales, según un pasaje del

mismo poema, sólo 8.800 versos constituyen la primera compilación, y aun ésta estaba ya, según hemos dicho, tan modificada é interpolada, que es imposible separar de ella el poema primitivo popular.

El libro I está dedicado en gran parte á genealogías, entre las cuales ninguna concordancia exacta es posible establecer, y á la historia de las envidias y celos entre los hijos de las dos familias.

El libro II trata del juego en que los hijos de Pandu pierden finalmente su reino y cuanto tienen, y su destierro de trece años.

El libro III describe las aventuras de los hermanos Pandu, de su esposa común, y de su sacerdote doméstico en su vida errante por montes y selvas.

El libro IV trata del último año de su destierro y de lo que hicieron colocados, disfrazados y bajo nombres supuestos, al servicio del rey Virata.

Los libros VI, VII, VIII y IX tratan de la guerra entre los hijos de Pandu y los de Dritarashtra. Estos libros, á pesar de sus exageraciones, repeticiones y divagaciones, contienen algunos pasajes verdaderamente homéricos.

El libro X describe una sorpresa nocturna que no da resultado.

El libro XI canta el dolor de las viudas de los héroes muertos.

El libro XII habla de los deberes de los príncipes, de las buenas obras y de los medios de librarse de los cuidados materiales de la existencia.

El libro XIII expone el sistema de castas, con muchos episodios y cuentos legendarios.

El libro XIV describe los sacrificios con que celebra el hijo mayor de Pandu su soberanía.

El libro XV refiere la retirada de Dritarashtra y de sus partidarios á las soledades de la selva.

El libro XVI cuenta la ruina de los reyes de la rama yadu, una de las cinco principales de los aryas-indios.

El libro XVII refiere la renuncia al trono del hijo mayor de Pandu y de sus hermanos, y su regreso á los valles solitarios del Himalaya.

El libro XVIII describe las pruebas que Yudishtira, hijo mayor de Pandu, hubo de pasar para volver al seno de la divinidad, ó sea de Crishna, la octava encarnación de Vishnu.

El libro XIX y último está dedicado al dios Crishna y contiene preciosos datos mitológicos

y legendarios, pero muy posteriores, acaso en ocho ó diez siglos, al fondo de la obra.

Esta obra es el monumento del cual ha de sacar el historiador los datos para reconstruir una porción de siglos de la historia de la India.

Costumbres del período épico: expansión territorial. La guerra fratricida entre arya y arya forma el principal relato del *Mahá-Bhârata*, se había hecho inevitable; los del Norte y Noroeste pugnaban para extenderse hacia el Sur y Sudeste.

En el transcurso del tiempo fué ahondándose la división constantemente, tanto que los pueblos de la cuenca del Indo y los del Penjab quedaron fuera del movimiento intelectual y político del gran pueblo indio-arya, el cual se enseñoreó de toda la península índica, y llegaron á ser mirados por este último como extranjeros y por lo mismo con un desprecio y aun odio, del cual se encuentran indicios en el *Mahá-Bhârata*.

Cabe suponer que en la época heroica, en la gran lucha de los indios-aryas de la cuenca del Ganges contra los pueblos arya más rudos del Penjab, inmigraron también numerosos pueblos del Nordeste que, como los indígenas de la gran cuenca, si no se fundieron completamente con los arya establecidos en ella, por lo menos se cruzaron y unieron con ellos hasta formar lo que finalmente ha constituido la población de la India.

Separa la cuenca del Indo de la del Ganges, es decir, separa el Penjab del país bajo interior, una cadena de colinas insignificantes. La parte de la cuenca del Ganges, que fué llamada antiguamente Madhyadesa (país del centro), se extiende desde aquellas colinas hasta la confluencia del Jumna y del Ganges, donde está la ciudad de Alahabad. Este es el país más feraz y productivo de toda la India. En él se formó y de él irradió el pueblo arya-indio, y en él se muestra el genio de este pueblo en su pureza original. Desde la confluencia citada toma la cuenca el nombre de Prachi ó Prachia (país de Levante), y el valle á la derecha del río se estrecha porque las mesetas del Sur avanzan allí hasta muy cerca del río y sólo dejan pasar un afluente meridional, el Sona. Más al Este la cuenca se confunde con la del Brahmaputra hasta la desembocadura de ambos en el golfo de Bengala. El Ganges y los afluentes que recibe del Norte y Noroeste nacen

todos en las regiones nevadas y casi inaccesibles del Himalaya, regiones miradas como santas y cuya santidad aumentan sus fuentes termales. Especialmente sagradas y purificadoras se consideran desde tiempo inmemorial las aguas del Jumna hasta su confluencia con el Ganges y las de éste hasta el mar.

Los Vedas cantan las glorias y la santidad del «Sindhu», ó sea del «Río», llamado con otro nombre Sarasvati. Pero después, y hasta hoy, el Ganges ha sido el río santó por excelencia de los indios. Innumerables son las leyendas que se relacionan con este río, especialmente con sus fuentes y toda la región donde se hallan. La fuente principal del Ganges, que nace entre los picos más elevados del Himalaya á seis mil metros ó más sobre el nivel del mar, forma el torrente Baghirati, que pasa entre nieves, témpanos de hielo y peñas, ya visible en cascadas, ya oculto, hasta que aparece caudaloso en el elevado valle de Gangotri. Este valle, situado á 3.144 metros sobre el nivel del mar, es uno de los puntos de peregrinación más famoso entre los indios. Hay allí un templo y enfrente de él un baño sagrado, que representa para los indios la fuente del Ganges. En el mismo valle y en su curso desde allí, el Baghirati recibe continuamente afluentes, sobre todo del Este, hasta que en el distrito de Garvhal, cerca de Deoprag, en las estribaciones del Himalaya y á 595 metros de altura sobre el nivel del mar, se reúne con el Alakananda, otro río considerado como origen del Ganges. Desde esta confluencia lleva la ya poderosa corriente el nombre de Ganges. El Alakananda y sus muchos tributarios, las fuentes de todos ellos y sus confluencias son motivos de antiquísimas y venerables leyendas y puntos de peregrinación y de baños purificadores para los fieles. Cerca de Hardvar (Gangadvara, Puerta del Ganges), á 403 metros sobre el nivel del mar, entra el Ganges en las tierras bajas del Indostán y toma la dirección del Sur, en cuyo trayecto recibe varios tributarios hasta su confluencia con el Jumna cerca de Alahabad. Su longitud entre Hardvar y Alahabad es de 965 kilómetros. Desde el último punto sigue el Ganges haciendo muchas y grandes curvas, formando varias islas en su curso al Este hasta llegar á Benares (antiguamente Kasi), ciudad santa y centro de la ciencia brahmánica. Después de recibir poderosos tributarios del Norte como el Gogra y otros menores, se le junta el Sona desde el Sudoeste, y más allá

cerca de Hadchipur, enfrente de Patna, se le une el Gandaki. Desde allí recibe pocas é insignificantes corrientes del Sur, pero en cambio son muchos y notables los afluentes que proceden del Norte, siendo el principal, más abajo de Baghalpur, el poderoso Kosi, que desciende de las alturas nevadas del Himalaya. Allí la alta meseta del Sur con sus cerros que llegan hasta el río, forma un ángulo, y el Ganges toma la dirección Sur ó poco menos y entra en las tierras bajas de Bengala. Allí también se separa del poderoso río el primer brazo ó ramal, el Baghirati, que va directamente al mar; más lejos se separa el Shellinghi, que se vuelve á unir con el Ganges, el cual desde allí se llama Hugli y es considerado por los brahmanes como el Ganges legítimo. Este va en dirección Sur hacia el mar; mas la corriente principal, que lleva indistintamente los nombres de Poda y Ganges y recibe por el lado izquierdo poderosos afluentes, como el Mahanada y el Tista, después de enviar muchos brazos directamente al mar, se junta con el Shabuna, brazo principal del Brahmaputra, para desembocar luego en el Océano.

Si trazamos un arco desde la pequeña ciudad marítima de Dvaraka, en la península de Kativar en el Estado de Guzerat, hasta el cabo Palmira, pasando por la pendiente septentrional de la cordillera de los vindhyas que limita la cuenca del Ganges al Mediodía, y siguiendo luego la ladera oriental y el curso del Vaitarani ó Kulya, río que nace en la vertiente del Malagiri y desemboca en el golfo de Bengala un poco más al Oeste del Ganges, tendremos la frontera meridional del territorio ocupado por el pueblo arya-indio limitado al Norte por el Himalaya en la época heroica de su historia. Este territorio era el Bhâratavarsha, ó sea el imperio bhârata. Después de exterminada la familia real del pueblo kuru y la de los pancalas y matsyas, es de suponer que los tres pueblos se fundiesen en uno solo bajo la dinastía de los Pandu, pues el poema no los cita entre los que fueron sometidos y obligados como tributarios á tomar parte en el solemne sacrificio del caballo y en la consagración de Yudishtira.

La ceremonia antiquísima de soltar un caballo para hacer reconocer la soberanía del rey por cualquier país que recorriera el animal y de sacrificarle al fin para dar una consagración religiosa á la conquista, se conservó durante largos siglos. Los sacerdotes multiplicaron y fijaron con

el tiempo los ritos, desde el enjaezamiento del caballo elegido hasta su sacrificio, y compusieron himnos para el caso. Las familias brahmánicas y sus individuos compositores y cantores de himnos sagrados, y aun sabios directores de los actos religiosos, existían ya y gozaban de gran respeto en la época védica. Pero en la época de la guerra de los bhâratas vemos que todavía no habían llegado á formar una casta ni mucho menos un poder reconocido en absoluto, y lo que es más, todavía aparecen como guerreros y maestros en todos los ejercicios varoniles, especialmente en el manejo de las armas, sin perjuicio de poseer un gran saber religioso y mucha ciencia oculta y divina. El brahmán era sobre todo un hombre piadoso, dedicado á la vida ascética, á meditaciones religiosas y á oraciones.

Habiase verificado desde la época védica un cambio notable en el culto de las divinidades, sin que por esto ninguna de ellas hubiese desmerecido en el concepto del pueblo arya-indio. Al paso que se había dejado de ofrecer sacrificios á muchas de ellas, otras habían adquirido en la imaginación del pueblo una importancia que antiguamente no habían tenido, y por último fueron adquiriendo forma otras nuevas creaciones de entidades que representaban fuerzas divinas.

En el *Mahá-Bhârata* apenas se mencionan las antiquísimas divinidades Dyaus y Prithivi, que representan la primera el cielo y la segunda la tierra, ó mejor dicho, la una los fenómenos celestes y atmosféricos y la otra los terrestres. De Mitra habla el poema sólo dos veces unido con Varuna, y este último, tan elevado como terrífico en los himnos védicos antiguos, únicamente figura en el *Mahá-Bhârata* cuando saca del fondo del mar, donde las guarda, las armas divinas para prestarlas temporalmente á personajes como Arxuna, Crishna y algún otro. Los dioses que más figuran en el *Mahá-Bhârata* son Indra y Agni, como los más importantes en épocas de guerra, y por lo mismo figura también mucho Yama ó Dharma, que conduce las almas de los héroes al cielo, donde están sus antepasados.

En algunos pasajes del poema, añadidos evidentemente en época relativamente moderna, el dios Indra visita á sus protegidos de este mundo, montado en un soberbio elefante, que por lo general tiene su puesto á la entrada del palacio celeste del dios. Este palacio con su sala del tro-